
EDITORIAL

Hoy se viene hablando con frecuencia y desde diversos ámbitos de algunos defectos que ha tenido la recepción de la reforma litúrgica. Entre nosotros, por ejemplo, el reciente Congreso Litúrgico de Montserrat denunció el excesivo verbalismo en el que han caído algunas de las celebraciones y el descenso de calidad de algunas de las homilias actuales. También fuera de nuestras fronteras se han escuchado voces en este mismo sentido. Fue el caso, por ejemplo, de la "Relatio finalis" del Sínodo Episcopal de 1985 que denunció algunas limitaciones en las maneras de realizar los votos del Vaticano II. O el del Sínodo pastoral que se está preparando en la diócesis de Roma que se ha referido también a diversos aspectos negativos en los modos como se han asumido algunos aspectos de la restauración litúrgica iniciada a raíz del aún reciente Concilio Vaticano II.

El hecho de que se oigan estas voces desde diversos lugares es un buen síntoma. En el fondo significa que, al juzgar nuestras propias realizaciones, no caemos en fáciles "triunfalismos" que resultan a todas luces exagerados. Reconocer que siempre es posible —también por tanto en nuestro tiempo y con referencia a nuestras propias realizaciones— que se infiltren en la celebración elementos que desfiguran el verdadero rostro de la liturgia es el primer paso para rectificar los propios fallos.

Que la reforma misma, tal como ésta ha sido realizada por los organismos eclesiales competentes, haya incluido detalles que objetivamente —o pastoralmente— hubieran podido ser mejores, es una realidad innegable para cuya defensa no resultó difícil encontrar adalides ya en los inicios mismos de la reforma conciliar y continúa siendo fácil encontrarlos en nuestro momento actual. En efecto, muy pronto, apenas dados los primeros pasos de la reforma postconciliar, empezaron ya a oírse voces que señalaban las limitaciones y los defectos de la obra que se iniciaba. Y estas voces han perseverado a lo largo de todo el período de la reforma. A veces con razón, otras con tonos de innegable exageración "contestataria". Hoy el simple repaso de algunas publicaciones litúrgico-pastorales de los años 70-90 podría incluso avergonzarnos. Resulta evidente que en no pocos de estos escritos se empleó mucha más tinta

en subrayar las limitaciones y defectos de la reforma litúrgica que en explicar el contenido doctrinal, espiritual y pastoral de cada una de las reformas que se promulgaban y ofrecían al pueblo. Y ésto no contribuyó ciertamente al mejoramiento de la vivencia litúrgica de los fieles.

La crítica de la reforma litúrgica en sí misma resulta, por otra parte, bastante más fácil que el reconocimiento y confesión de las propias limitaciones en la manera de recibir la liturgia reformada. Porque, en el fondo, la crítica de las estructuras litúrgicas no incluye ninguna confesión de propia culpabilidad. Son “ellos” —es decir, los otros, los que hubieran debido reformar mejor y se quedaron a medio camino— los que fallaron. Reconocer, en cambio, que también nosotros, los que hemos recibido la reforma litúrgica, no siempre la hemos sabido aplicar equilibradamente ni siempre la hemos interpretado de manera objetivamente correcta sino que con frecuencia nos hemos dejado llevar de visiones a veces limitadas y parciales resulta, sin duda, más costoso. Porque siempre es más fácil descubrir la paja en el ojo ajeno —en este caso en el de los responsables de la reforma— la biga en el nuestro (Mt 7,3).

Por ello oír voces como las del Congreso Litúrgico de Montserrat o las de los que preparan el Sínodo de la diócesis de Roma reconociendo que también nosotros a veces nos hemos equivocado y hemos sido parciales y limitados en la aplicación de la reforma litúrgica resulta tonificante. Ello significa que gozamos de buena salud en nuestros juicios y sabemos plantearnos con realismo la vida de nuestras comunidades y reconocer con sincera humildad que también hoy pueden darse —y de hecho se han dado— fallos precisamente por parte nuestra en las maneras como se vive la liturgia en nuestras comunidades postconciliares.

Para alentar este contexto de humilde reconocimiento de nuestros fallos resulta muy sugestivo recordar que el renacer litúrgico que desembocó en la reforma del Vaticano II tuvo precisamente como uno de sus puntos de partida y de sus telones de fondo más constantes la denuncia de no pocas prácticas vigentes en los días que precedieron al Concilio. Los que prepararon nuestro renacer litúrgico supieron “criticar” muchas prácticas que para ellos eran connaturales y para los fieles de aquel entonces muy comunes y “populares”. Sería lástima que hoy a nosotros nos faltara aquel contexto de humildad ante nuestras propias maneras de celebrar, que tanto ayudó hace unos años la búsqueda de unas celebraciones objetivamente más concordes con el culto en espíritu y en verdad que nos propone el evangelio.

Desde la vertiente histórica del movimiento litúrgico de los años 30-50 es fácil detectar un hecho innegable: contra lo que más lucharon los que prepararon e iniciaron la reforma litúrgica del Vaticano II no fue precisamente contra los modos como figuraban las celebraciones en los libros litúrgicos de aquel tiempo

—que ciertamente tenían muchas deficiencias— sino sobre todo contra las maneras “populares” como el pueblo interpretaba y vivía la liturgia, casi siempre al margen de los libros celebrativos en aquel entonces vigentes.

Los liturgistas y pastores que con su esfuerzo prepararon nuestro renacer litúrgico tenían ciertamente unos conocimientos de la liturgia objetivamente mucho más limitados y pobres que los que hoy poseemos nosotros (no en vano el estudio de la liturgia ha progresado en nuestros días). Pero tuvieron una gran valentía para oponerse a determinadas prácticas populares que, por muy extendidas que estuvieran y por muy aceptadas que fueran entre la gente sencilla, sabían que resultaban poco conformes con la naturaleza de la celebración litúrgica. Piénsese, por ejemplo, en las devociones que se hacían durante la misa (rosario, meses, novenas), en el “recubrimiento” del año litúrgico por devociones privadas (Cuaresma recubierta por los domingos de san José, Tiempo pascual recubierto también por el mes de María, costumbre de comulgar habitualmente antes o después de la misa, etc). Con paciencia y con perseverancia lucharon por colocar cada cosa en su lugar y se esforzaron en que el pueblo pasara de unas prácticas deficientes a otras más expresivas del misterio cristiano.

¿No deberíamos preguntarnos también hoy hasta qué punto algunas de las prácticas que se han hecho comunes —a veces en nombre incluso del “Concilio” pero de manera innegablemente abusiva— son modos poco correctos —por no decir radicalmente falsos— de recibir la reforma litúrgica que tuvo como ideal el que los fieles participaran con mayor plenitud de la vida de la Iglesia en oración? ¿No nos inclinamos con demasiada facilidad ante ciertas prácticas que se extienden a veces rápidamente como si el simple hecho de que todos —o una gran mayoría— adoptan determinados modos celebrativos fuera ya signo de que se trata del verdadero camino a seguir? Muchas de las maneras como se hace, por ejemplo, la Oración de los fieles constituye un ejemplo evidente de mala recepción de la reforma conciliar, aunque aquí nos hallemos ante un fenómeno aceptado mayoritariamente, como hace unos años se aceptaba, también mayoritariamente, el rezo del rosario durante la misa.

El Congreso Litúrgico de Montserrat ha señalado algunas pistas o ejemplos de lo que podrían ser defectos en la “recepción” de la reforma litúrgica. El verbalismo, por ejemplo, en que han caído bastantes de nuestras celebraciones. El elenco de “recepciones” poco correctas es ciertamente muy largo. Reflexionar sobre este fenómeno constituye una buena tarea que se brinda a nuestro momento actual. Y el simple hecho de que se plantee el problema es ya muy positivo. Puede significar, como decíamos al comienzo, como un primer paso en el camino de aquella conversión que nos conducirá a una liturgia mejor celebrada.

P. F.